

## REGRESO DE CLARAVAL

Queridos Fraternos/as:

Hace tan solo tres días hemos vuelto del III Encuentro Internacional de Laicos Cistercienses celebrado en Claraaval del 1 al 7. Una semana de intensas emociones que difícilmente se podrán olvidar.

Pienso que es un momento por nuestra parte de acción de gracias al Señor porque nos ha acompañado durante estos días, y hemos sentido su soplo, su aliento, su dulce brisa. Queremos que sea una acción de gracias compartida porque sabemos que aquí os quedasteis vosotros orando por nuestro Encuentro. ¡Gracias!

Ahora más que nunca nos hemos podido dar cuenta de que no estamos solos en nuestro empeño, que somos muchos hermanos que repartidos por los cinco continentes tenemos el mismo ideal, deseamos seguir a Jesús por medio de la tradición cisterciense, y aceptamos la Regla de San Benito como guía para poder vivir el Evangelio.

A lo largo de estos días, en los encuentros, en las comidas, en los pequeños círculos, en el obligado compartir, no solo hemos estado juntos los hermanos de habla hispana -un total de 12 personas-, nos hemos mezclado con distintas hablas, países, culturas, y en todos los casos hemos sacado la misma conclusión : que nos encontrábamos allí, buscando lazos que nos unan más y más, buscando entablar nuevos vínculos de hermandad y amistad y además intentar ser reconocidos por la Orden Cisterciense.

Hemos compartido dificultades, proyectos, maneras de llevar una vida laical manifestando al mundo que somos hijos/as de la luz, y que el Espíritu Santo nos llena para andar en comunión, unos con otros. Hemos orado, dialogado, compartido, cantado, y sobre todo hemos percibido la presencia de Dios en medio de nosotros.

Nos hemos quedado auténticamente sorprendidos por el espíritu de servicio y dedicación que los hermanos/as de Claraaval han tenido con todos los participantes del Encuentro, un vivir el cap. 35 de la Regla de S. Benito “en vivo y en directo”. Como la precariedad del lugar era evidente, hubo múltiples ocasiones de demostrar ese amor a los hermanos con un despliegue de detalles de toda índole desde lo silencioso, el no dar importancia a nada, disculpar cualquier fallo o simplemente asegurar la buena marcha del Encuentro.

Algo que nos hemos traído muy bien grabado ha sido una virtud que escasea bastante en nuestro actual mundo. Y es la alegría. Personas que no se les ha visto más que sonreír, caras de paz, y en medio de precariedades como era tener las asambleas en un gran establo, por comedor un granero, y por casa la granja, suplieron todo el confort de nuestra sociedad de consumo con una sonrisa permanente, unos termos con café a todas horas, un vaso de agua, unas cestitas con galletas peladillas o caramelos, una chimenea encendida siempre en una pequeña habitación rústica y sencilla pero cargada de calor humano donde apenas nos hemos acordado de cuantas cosas hacemos imprescindibles en nuestra vida diaria.

La fraternal convivencia con monjes de otros países ha sido sumamente rica, su presencia, su sencillez, su naturalidad en todo momento, capitaneados por Dom Bernardo, padre donde los haya, con su “chispa” conocida nos hizo sentir desde un principio como “en casa”.

Y como colofón del Encuentro el día pasado en Cister con la comunidad monástica abierta, cordial, acogedora y cercana. La ceremonia del lavatorio de los pies que a todos nos hizo soltar lágrimas de emoción, culminó el Encuentro, no sin recibir de manos de los mismos monjes al finalizar las Vísperas, un obsequio de recuerdo, que aún siguió emocionándonos. Los novicios se mezclaron entre nosotros y nos iban repartiendo de unos grandes cestos, un sobre a cada uno con tres postales del Monasterio y un Rosario hecho por los hermanos de la enfermería.

La visita detallada y detenida de todo el Monasterio reflexionando en los lugares más emblemáticos donde comenzó la gran empresa del Cister, más un dialogo amistoso con el Abad, puso el punto final.

Siete días resumidos en estas letras me parecen tan comprimidos que tengo la sensación que me dejo cosas muy importantes, pero confío en que nos podamos encontrar el 25 en Santa María de Huerta y allí os podremos contar el resto, detalles, anécdotas fotos etc.

Al caer la tarde una cosa nos unía a todos los idiomas allí representados. *¡Salve Regina Mater!* La Reina del Cister en su amplia cogulla nos arropaba a todos, monjes/as y laicos cistercienses.

Un abrazo a todos,

Isabel Martin y Charo Alcedo

Fraternidad del monasterio de Santa M<sup>a</sup> de Huerta (España)